

La revolución española y las tareas de los comunistas

Prinkipo, 24 de enero de 1931

León Trotsky

(Tomado de L. Trotsky, *La revolución española (1930-1940)*, Volumen I. 1930-1936, Fontanella, Barcelona, 1977, páginas 69-95; también para las notas. T. 3358. B. O. n.º 19, marzo 1931, pp. 3-13. Este texto, redactado en Prinkipo, estaba destinado para ser publicado bajo forma de folleto. Traducido en varios idiomas, debía contribuir a popularizar en el mundo las ideas de la Oposición de Izquierda, y además servir más particularmente en España de manifiesto para la construcción de la Oposición bajo forma organizada.)

1.- La vieja España

La cadena del capitalismo se ve de nuevo amenazada con romperse por su eslabón más débil: le ha llegado el turno a España.

El movimiento revolucionario se desarrolla en este país con una tal fuerza que priva de antemano a la reacción mundial de la posibilidad de creer en el restablecimiento del orden en la península Ibérica¹.

España pertenece indiscutiblemente al grupo de los países más atrasados de Europa. Pero su atraso presenta un carácter peculiar, determinado por el gran pasado histórico del país. Mientras que la Rusia de los zares siempre quedaba muy atrás con respecto a sus vecinos occidentales y sólo avanzaba lentamente bajo su presión, España conoció períodos de gran florecimiento, períodos de superioridad sobre el resto de Europa y de dominio sobre América del Sur. El poderoso desarrollo del comercio interior y mundial vencía poco a poco el aislamiento feudal y provincial y el particularismo de las regiones. La fuerza y la importancia crecientes de la monarquía española estaban entonces estrechamente ligadas al papel centralizador del capital comercial y a la formación gradual de una “nación española”.

El descubrimiento de América, que en un principio fortificó y enriqueció a España, se volvió contra ella. Las grandes vías comerciales se desviaron de la península Ibérica. La Holanda enriquecida se desgajó de España. Después de Holanda, fue Inglaterra quien adquirió, por mucho tiempo, una posición muy superior en Europa. A partir de la segunda mitad del siglo XVI España iba hacia su declive. Después de la destrucción de la Armada Invencible (1588), este declive reviste un carácter, por decirlo así, oficial. Es el advenimiento de ese estado de feudalidad burguesa de España que Marx llamaba “la putrefacción lenta y sin gloria”.

Las viejas y las nuevas clases dominantes (la nobleza terrateniente y el clero católico gracias a la monarquía, las clases burguesas gracias a sus intelectuales) han intentado tenazmente mantener sus viejas pretensiones, pero, ¡hay! sin sus antiguos recursos. En 1820, las colonias de América del Sur se separaron definitivamente. Después de la pérdida de Cuba, en 1898, España quedó sin posesiones coloniales. Las aventuras de Marruecos no han hecho sino arruinar al país y reforzar el descontento ya profundo del pueblo.

El retraso del desarrollo económico de España ha debilitado inevitablemente las tendencias centralistas inherentes al capitalismo. La decadencia de la vida comercial e

¹ A pesar de la distancia y de una información muy incompleta, Trotsky formula aquí una profecía histórica que se confirmará muy rápidamente.

industrial de las ciudades y de las ligazones económicas entre ellas ha atenuado la dependencia recíproca de ciertas provincias. Tal es la causa principal que no ha permitido hasta hoy a la España burguesa vencer las tendencias centrífugas de sus provincias históricas. La pobreza de los recursos nacionales y el sentimiento de malestar reinante en todas las partes del país no podían sino alimentar las tendencias separatistas. El particularismo se manifiesta en España con una fuerza específica, sobre todo en comparación con su vecina, Francia, donde la Gran Revolución afirmó definitivamente la dominación de la nación burguesa, una e indivisible, sobre las antiguas provincias feudales.

Al mismo tiempo que impedía la formación de una nueva sociedad burguesa, el estancamiento económico descomponía a las antiguas clases dominantes. Los altivos nobles cubrían a menudo su orgullo con capas agujereadas. La Iglesia despojaba al campesino, pero, de vez en cuando, estaba obligada a sufrir el pillaje por parte de la monarquía. Esta última, según la observación de Marx, tenía más rasgos comunes con el despotismo asiático que con el absolutismo europeo. ¿Cómo interpretar este pensamiento? La comparación muy extendida entre el zarismo y el despotismo asiático parece natural, tanto desde el punto de vista geográfico como desde el histórico. De hecho, tiene validez igualmente para España.

La diferencia reside en que el zarismo se basaba en la lentitud extrema del desarrollo de la nobleza, así como de los centros urbanos primitivos, mientras que la monarquía española ha surgido en una época de decadencia del país y de putrefacción de las clases dominantes. Si el absolutismo europeo debe su desarrollo a la lucha que las ciudades, cada vez más sólidas, llevaban contra las viejas castas privilegiadas, la monarquía española, igual que el zarismo ruso, encontraba su fuerza relativa en la impotencia de las viejas castas y de las ciudades. En esto reside su parecido con el despotismo asiático.

La preponderancia de las tendencias centrífugas sobre las tendencias centrípetas, tanto en la economía como en la política, privaba al parlamentarismo español de la base sobre la que hubiera podido desarrollarse. La presión del gobierno sobre los electores era decisiva. Durante todo el último siglo, las elecciones han dado regularmente la mayoría al gobierno. Como las cortes dependían del ministerio de turno, los ministerios mismos quedaban evidentemente bajo la dependencia de la monarquía. Madrid hacía las elecciones y el poder estaba en manos del rey. La monarquía era doblemente indispensable a las clases dominantes, desunidas y descentralizadas, incapaces de dirigir el país en su propio nombre. Y esa monarquía, que reflejaba la debilidad de todo el estado, era (entre dos sublevaciones) suficientemente fuerte para imponer su voluntad al país. En suma, el sistema estatal de España puede ser calificado de “absolutismo limitado por pronunciamientos periódicos”. Alfonso XIII personifica muy bien este sistema, desde el punto de vista de las tendencias absolutistas, y desde el del miedo a los pronunciamientos. Los giros del rey y sus victorias sobre las combinaciones temporales hostiles no se derivan del carácter del propio Alfonso XIII, sino del de todo el sistema gubernamental. Alfonso XIII no hace más que repetir en nuevas condiciones la historia de su antepasado Fernando VII.

El clero representaba, al lado de la monarquía y como su aliado, otra fuerza centralizada. El catolicismo sigue siendo hasta nuestros días la religión del estado; el clero juega un gran papel en la vida del país, siendo el eje más estable de la reacción. El estado derrocha cada año muchos millones de pesetas para la Iglesia.

Las órdenes religiosas, excesivamente numerosas, poseen bienes inmensos y gozan de una enorme influencia. El número de frailes y monjas alcanza los 70.000. Es igual al número de alumnos de las escuelas secundarias y superior en dos veces y media

al de los estudiantes. No tiene nada de extraño que en estas condiciones el 45 % de la población no sepa leer ni escribir. La masa principal de los analfabetos está sobre todo concentrada, por supuesto, en el campo.

Si los campesinos de la época de Carlos V obtuvieron poco provecho del poderío del imperio español, ulteriormente fueron ellos quienes soportaron todo el peso de la decadencia del imperio. Llevaron durante siglos una vida miserable que, en varias provincias, fue una existencia de hambre. Formando aun hoy el 70 % de la población, el campesinado soporta sobre sus espaldas todo el peso del edificio del estado.

Falta de tierra, falta de agua, arriendos elevados, utillaje agrícola primitivo, métodos de cultivo rudimentarios, impuestos aplastantes, diezmos de la Iglesia, precio elevado de los productos industriales, sobrepoblación, peso de una masa enorme de vagabundos, mendigantes, frailes, he ahí el cuadro que ofrece el campo español.

La situación del campesinado le ha conducido, desde siempre, a participar en numerosas insurrecciones. Sin embargo, estas explosiones sangrientas han tenido siempre un carácter, no nacional sino local, y estuvieron marcadas por las coloraciones más variadas, la mayor parte de las veces reaccionarias². De la misma manera que las revoluciones españolas fueron pequeñas revoluciones, las insurrecciones campesinas tomaron la forma de pequeñas guerras. España es el país de las “guerrillas”.

2.- El ejército español y la política

Después de la guerra contra Napoleón, surgió en España una nueva fuerza: la oficialidad metida en política, nueva generación de las clases dominantes, heredera de la ruina del gran imperio y, en gran medida, desclasada. En el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha tomado, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización. Se ha convertido no sólo en el apoyo de la monarquía, sino también en el organizador del descontento de todas las fracciones de las clases dominantes, y, ante todo, de su propio descontento; lo mismo que la burocracia, la oficialidad se recluta entre los elementos, excesivamente numerosos en España, que exigen ante todo del estado medios de existencia. Pero, como los apetitos de los diferentes grupos de la sociedad “cultivada” sobrepasan con mucho la totalidad de los cargos del estado, parlamentarios y otros, el descontento de los eliminados alimenta al partido republicano, que, por otra parte, es tan inestable como todos los demás grupos de España. Pero como debajo de esta inestabilidad se oculta a menudo una indignación sincera y violenta, se forman de vez en cuando en el movimiento republicano grupos revolucionarios decididos y valerosos, para los que la república representa una divisa mística de salvación.

La totalidad del ejército español alcanza cerca de los 170.000 hombres, de los cuales más de 13.000 son oficiales; a esto hay que añadir unos 15.000 marinos de guerra. Instrumentos de las clases dominantes del país, los oficiales arrastran en sus complós a la masa del ejército. Ello crea condiciones propicias para un movimiento independiente de los soldados. Ya en el pasado, los suboficiales intervinieron en la política sin los oficiales y contra ellos. En 1836, los suboficiales de la guarnición de Madrid se insurreccionaron y obligaron a la reina a proclamar una constitución. En 1866, los sargentos de artillería, descontentos por las reglas aristocráticas en vigor en el ejército, desencadenaron un motín. Sin embargo, el papel de dirección ha quedado siempre en el pasado en manos de los oficiales. Los soldados marchaban detrás de sus jefes descontentos, aunque el

² No se entiende muy bien la elección del término “reaccionarios” para referirse al movimiento campesino tradicional español, que más bien puede catalogarse como espontáneo, espontaneísta, o sin dirección política, a menos que Trotsky considere a los movimientos con cariz anarquista, reaccionarios...

descontento de los soldados, políticamente importantes, se alimentara en otras fuentes sociales, mucho más profundas.

Las contradicciones en el ejército corresponden ordinariamente a las distintas armas. Cuanto más calificada es el arma, es decir, cuanta más inteligencia exige por parte de los soldados y oficiales, más aptos son éstos para asimilar las ideas revolucionarias; mientras que la caballería se inclina habitualmente por la monarquía, la artillería proporciona un fuerte porcentaje de republicanos.

No tiene nada de sorprendente que la aviación, esta nueva arma, se haya puesto al lado de la revolución y haya aportado a la misma su espíritu aventurero. La última palabra debe decirla la infantería.

La historia de España es la historia de convulsiones revolucionarias ininterrumpidas. Pronunciamientos y golpes de estado palaciegos se sucedían sin interrupción. En el transcurso del siglo XIX y del primer tercio del XX, se asiste a un cambio continuo de regímenes políticos y, en el interior de cada uno de estos regímenes, a un cambio caleidoscópico de ministerios. La monarquía española, no hallando apoyo estable en ninguna de las clases poseedoras (aunque todas hayan tenido necesidad de ella) cayó más de una vez bajo la dependencia de su propio ejército. Pero la dispersión de las provincias españolas imponía su huella al carácter de los complós militares. La rivalidad mezquina de las juntas no era sino la expresión del hecho de que las revoluciones españolas carecían de clase dirigente. Precisamente por ello, la monarquía salía triunfante de cada nueva revolución. Sin embargo, poco tiempo después del restablecimiento del orden, la crisis crónica se manifestaba en una nueva explosión de indignación. Ninguno de esos regímenes que se derribaban mutuamente removía el terreno profundamente. Cada uno de ellos se gastaba rápidamente en la lucha contra las dificultades engendradas por la pobreza de la renta nacional, incapaz de satisfacer las exigencias y los apetitos excesivos de las clases dirigentes. Hemos visto particularmente el modo ignominioso como terminó sus días la última dictadura militar. El terrible Primo de Rivera cayó sin siquiera un nuevo pronunciamiento: sencillamente se deshinchó, como un neumático que tropieza con un clavo.

Todos los golpes de estado precedentes fueron movimientos de una minoría contra otra: clases dirigentes y semidirigentes se arrancaban impacientemente unas a otras el pastel del estado.

Si el término de “revolución permanente” significa un incremento constante de levantamientos sociales que transmiten el poder a manos de la clase más decidida, que ejerce luego el poder para la supresión de todas las clases y, por consiguiente, de la misma posibilidad de nuevas revoluciones, hay que constatar que a pesar de la continuidad de los levantamientos españoles, estos no tienen nada de una revolución “permanente”: se trata más bien de convulsiones crónicas por las que se manifiesta la enfermedad inveterada de una nación al margen del progreso.

El ala izquierda de la burguesía, sobre todo en la persona de los jóvenes intelectuales, se ha impuesto, ciertamente, como tarea hace ya tiempo la transformación de España en república. Los estudiantes españoles que son, por las mismas razones que los oficiales, reclutados principalmente entre la juventud descontenta, están acostumbrados a jugar en el país un papel completamente desproporcionado en relación a su importancia numérica. El dominio de la reacción católica ha provocado la oposición de las universidades y le ha dado un carácter anticlerical. Pero no son los estudiantes quienes formarán el régimen. A nivel de su dirección, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy, creyendo que con la república vendrá la riqueza; no están

dispuestos de ninguna de las maneras a seguir el camino de los jacobinos franceses, ni siquiera son capaces de ello: su miedo ante las masas es mayor que su odio a la monarquía.

Si, en las cumbres, las grietas y poros de la sociedad burguesa se llenan en España con elementos desclasados de las capas dirigentes, innumerables buscadores de empleos y ganancias, abajo, en las fisuras de los cimientos del edificio, el mismo lugar está ocupado por innumerables lumpenproletarios, elementos desclasados de las capas obreras. Los *lazzaroni* con corbata, lo mismo que los *lazzaroni* en harapos, forman las arenas movedizas de la sociedad. Son tanto más peligrosos para la revolución cuanto menos esta última encuentre un verdadero punto de apoyo motor y una dirección política.

Seis años de dictadura de Primo de Rivera nivelaron y comprimieron todas las formas de descontento e indignación. Pero la dictadura llevaba en sí misma el vicio incurable de la monarquía española: fuerte frente a cada clase por separado, era impotente respecto a las necesidades históricas del país. Es la razón por la que la dictadura se ha estrellado contra los escollos de las dificultades financieras y de otro género antes incluso de que la primera ola revolucionaria haya podido alcanzarla. La caída de Primo de Rivera ha despertado todos los descontentos y todas las esperanzas. El general Berenguer se ha convertido así en el portero de la revolución³.

3.- El proletariado español y la nueva revolución

En esta nueva revolución, encontramos, a primera vista, los mismos elementos que en la serie de revoluciones precedentes: la monarquía pérfida; las fracciones escindidas de los conservadores y los liberales que odian al rey y se arrastran ante él; republicanos de derechas siempre dispuestos a traicionar, y republicanos de izquierda siempre dispuestos a la aventura; oficiales conspiradores, reclamando unos la república y otros, ascensos; estudiantes descontentos, observados con inquietud por sus padres; finalmente obreros huelguistas dispersos en distintas organizaciones y campesinos que tienden su mano hacia las horquillas o incluso el fusil.

Sería, sin embargo, un error grave creer que la crisis actual se desarrolla según el modelo de todas las crisis precedentes. Los últimos decenios y sobre todo los años de la guerra mundial han aportado cambios importantes en la economía del país y en la estructura social de la nación. Naturalmente, España sigue aún hoy a la cola de Europa. Sin embargo, el país ha visto desarrollarse una industria nacional, extractiva de una parte, y, de otra, ligera. Durante la guerra se han desarrollado fuertemente la industria del carbón, la del textil, la construcción de estaciones hidroeléctricas, etc. En el país han surgido centros y regiones industriales. Ello crea nuevas relaciones de fuerzas y abre nuevas perspectivas.

Los éxitos de la industrialización no han atenuado en lo más mínimo las contradicciones internas. Por el contrario, el hecho de que España como país neutral haya podido levantar su industria, bajo la lluvia de oro de la guerra, se convirtió, al final del conflicto, cuando la fuerte demanda del extranjero finalizó, en una fuente de nuevas dificultades. No sólo han desaparecido los mercados exteriores (la parte de España en el comercio mundial es hoy menor que antes de la guerra mundial: 1,1 % contra 1,2 %) sino que la dictadura se vio obligada, creando la barrera aduanera más elevada de Europa, a defender el mercado interior contra la influencia de las mercancías extranjeras. Los derechos arancelarios demasiado elevados han provocado un alza de precios, que ha disminuido el poder de compra, ya reducido, del pueblo. Debido a ello la industria no sale, desde la guerra, de un marasmo que se traduce por el paro crónico de una parte, y por explosiones de la lucha de clases, de otra.

³ Jefe de los “alabarderos de la guardia”, el general Berenguer había sido nombrado por el rey a la cabeza del gobierno después del despido del general Primo de Rivera.

La burguesía española, aún menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. Esta gran burguesía industrial, llegada demasiado tarde, bajo la dependencia del capital extranjero, adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, no es siquiera capaz de convertirse por un breve espacio de tiempo en el guía de la “nación” contra las viejas castas. Los magnates de la industria española se han enfrentado con el pueblo y forman uno de los grupos más reaccionarios en el bloque de los banqueros, industriales, latifundistas, monarquía, sus generales y sus funcionarios que se devoran entre sí en luchas intestinas. Basta con recordar que el apoyo más seguro de Primo de Rivera estaba constituido por los industriales de Cataluña.

Pero el desarrollo industrial ha puesto en pie y ha reforzado al proletariado. Sobre una población de 23 millones de habitantes (ésta sería mucho mayor a no ser por la emigración) hay que contar cerca de un millón y medio de obreros empleados en la industria, en el comercio y en los transportes. A ellos hay que añadir una cifra aproximadamente igual de obreros agrícolas. La vida social en España estaba condenada a moverse en un círculo vicioso mientras no existiese una clase capaz de tomar en sus manos la solución de los problemas revolucionarios. La aparición en la arena de la historia del proletariado español cambia radicalmente la situación y abre nuevas perspectivas. Para darse cuenta de ello, hay que comprender ante todo que el afianzamiento de la dominación económica de la gran burguesía y el aumento de la importancia política del proletariado privan completamente a la pequeña burguesía de la posibilidad de ocupar un lugar dirigente en la vida política del país. La cuestión de saber si las sacudidas revolucionarias actuales pueden transformarse en una verdadera revolución capaz de reconstituir las propias bases de la existencia nacional puede expresarse de la siguiente manera: ¿es capaz el proletariado español de tomar en sus manos la dirección de la vida nacional? No hay otro aspirante a ese papel en la nación española. Mientras tanto, la experiencia histórica de Rusia nos ha mostrado con una evidencia suficiente el peso específico del proletariado unificado por la gran industria, en un país agrícola atrasado, preso en una red de relaciones semif feudales.

Ciertamente, los obreros españoles participaron ya en luchas revolucionarias en el siglo XIX, pero siempre a la cola de la burguesía, siempre en segundo plano, como fuerza auxiliar. El papel revolucionario independiente de los obreros se consolidó durante el primer cuarto del siglo XX. El levantamiento de Barcelona en 1909 mostró la fuerza que poseía el joven proletariado de Cataluña. Numerosas huelgas, que se transformaron en verdaderos levantamientos, estallaron en las demás partes del país. En 1912 tuvo lugar la huelga de ferroviarios. Las regiones industriales se transformaron en campos de batalla de un valeroso proletariado,

Los obreros españoles se mostraron libres de toda rutina, capaces de reaccionar en los acontecimientos y de movilizar sus fuerzas, audaces en la ofensiva.

Los primeros años después de la guerra, o, mejor, los primeros años de la revolución rusa (1917-1920)⁴ fueron para el proletariado español años de grandes combates. El año 1917 fue testigo de una huelga general revolucionaria. Su aplastamiento, así como el de los movimientos posteriores, prepararon el terreno a la dictadura de Primo de Rivera. Cuando el derrumbamiento de esta última planteó de nuevo en toda su amplitud la cuestión del destino del pueblo español, cuando las cobardes intrigas de las viejas camarillas y las tentativas impotentes de radicales pequeñoburgueses mostraron claramente que no se podía esperar la salvación de esta parte, los obreros, por una serie de valerosos movimientos huelguísticos, gritaron al pueblo: “¡Presentes!”

⁴ Estos tres años fueron llamados el “trienio bolchevique”, en razón de la agitación obrera y de su carácter revolucionario.

Los periodistas burgueses europeos “de izquierda” y, tras ellos, los socialdemócratas, gustan de filosofar, con pretensiones científicas, sobre el tema de que España va sencillamente a reproducir la Gran Revolución francesa con un retraso de cerca de ciento cincuenta años. Discutir sobre la revolución con estas gentes es lo mismo que discutir a propósito de colores con un ciego. A pesar de todo su retraso, España está mucho más adelantada que la Francia de fines del siglo XVIII. Grandes empresas industriales, 16.000 kilómetros de telégrafo, esto representa para la revolución un factor mucho más importante que los recuerdos históricos.

Intentando dar un paso adelante, el célebre semanario inglés *Economist* dice a propósito de los acontecimientos españoles: “Es más bien la influencia del París de 1848 y de 1871 que la influencia de Moscú de 1917”. Ahora bien, el París de 1871 es un paso de 1848 hacia 1917. Oponer estas fechas no tiene sentido.

Incomparablemente más seria y profunda era la conclusión de L. Tarquín⁵ en su artículo de la *Lutte de Classes* del año pasado: “El proletariado (de España) apoyándose en las masas campesinas, es la única fuerza capaz de tomar en sus manos el poder.” Esta perspectiva es trazada como sigue: “La revolución debe conducir a la dictadura del proletariado, la cual realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista.” Sólo así se puede plantear actualmente la cuestión.

4.- El programa de la revolución

La república es ahora la consigna oficial de lucha. Y, sin embargo, el desarrollo de la revolución reagrupará bajo la bandera de la monarquía no sólo a las fracciones conservadoras y liberales de las clases dirigentes, sino también a sus fracciones republicanas.⁶

Durante los acontecimientos revolucionarios de 1854, Cánovas del Castillo escribía: “Aspiramos a mantener el trono, pero sin la camarilla que lo deshonor.” Hoy son Romanones⁷ y otros quienes desarrollan esta gran idea. ¡Como si la monarquía fuera posible, en general, sin camarilla, y sobre todo en España!

Tal situación, en la que las clases poseyentes se ven obligadas a sacrificar la monarquía para salvarse a sí mismas (ejemplo: Alemania) no está excluida. Pero hay muchas probabilidades de que la monarquía madrileña se mantenga, aunque sea con el rostro lleno de cardenales, hasta la dictadura del proletariado.⁸

La consigna. de república es también, ni que decir tiene, una consigna del proletariado. Sin embargo, para él, no se trata simplemente de reemplazar el rey por un presidente, sino de liberar radicalmente toda la sociedad de las inmundicias del feudalismo. Aquí ocupa un primer plano la *cuestión agraria*.

⁵ L. Tarquín era uno de los pseudónimos utilizados por Andrés Nin. El artículo en cuestión, fechado el 14 de enero de 1930, tenía por título: “La crisis de la dictadura militar en España.” Publicado en *La lutte de classes*, n.º 18, febrero 1930, pp. 106-112, había sido redactado por Nin en la Unión Soviética. y había sido, pues, enviado clandestinamente.

⁶ Aunque más adelante se refiera a otras posibilidades políticas, resalta aquí, tanto por lo infrecuente (Trotsky solio acertar en sus predicciones), como por la afirmación en sí, el equivocado análisis realizado sobre el desarrollo republicano. En efecto, los monárquicos se quedaron solos y el Pacto de San Sebastián de agosto de 1930 agrupó en un frente común contra la monarquía a republicanos, liberales y socialistas.

⁷ El conde de Romanones, uno de los mayores propietarios terratenientes del país, amigo personal y consejero del rey, que ya le había inspirado despachar a Primo de Rivera, deseaba que la monarquía hiciese elegir cortes constituyentes.

⁸ La primera de estas variantes iba a realizarse en breve plazo, al día siguiente de las elecciones municipales de abril de 1931, los jefes del ejército y los principales dirigentes monárquicos aconsejando al rey de apartarse ante la amenaza de una “revolución roja” que una resistencia inconsiderada por su parte, según ellos, corría el riesgo de provocar.

Las relaciones existentes en el campo español presentan un cuadro de explotación semifeudal. La miseria de los campesinos, sobre todo en Andalucía y Castilla, el yugo de los terratenientes, de las autoridades y de los caciques, han llevado ya más de una vez a los obreros agrícolas y al campesinado pobre a manifestar abiertamente su indignación. ¿Significa esto que sea posible en España, incluso mediante una revolución, separar las relaciones burguesas de las feudales? No, ello significa sólo que, en las condiciones de España, el capitalismo no puede explotar al campesinado sino bajo la forma semifeudal. Dirigir el arma de la revolución contra las supervivencias de la Edad Media, es dirigir el arma contra las raíces mismas de la dominación burguesa.

Para arrancar al campesinado del particularismo local y de la influencia reaccionaria, el proletariado tiene necesidad de un programa revolucionario democrático claro. La falta de tierra y de agua, la esclavitud mediante el arriendo, plantea netamente el problema de la *confiscación de las grandes propiedades agrarias privadas* en beneficio del campesinado pobre. Las cargas fiscales, las deudas insoportables del estado, la rapacidad burocrática y las aventuras africanas plantean la cuestión del *gobierno barato*, que puede ser asegurado, no por los latifundistas, ni por los banqueros o los industriales, ni por la nobleza liberal, sino por los obreros mismos.

La dominación del clero y las riquezas de la Iglesia determinan una tarea democrática: *separar la iglesia del estado* y desarmarla entregando sus riquezas al pueblo. Incluso las capas más supersticiosas del campesinado sostendrán estas medidas decisivas cuando se convenzan de que las sumas del presupuesto que iban hasta ahora a la Iglesia, así como las riquezas de la propia Iglesia, no irán a parar, después de la secularización, a los bolsillos de los liberales librepensadores, sino que serán destinadas a reanimar la exhausta economía campesina.

Las tendencias separatistas plantean a la revolución la tarea democrática de la *libre autodeterminación nacional*. Estas tendencias se han acentuado y exteriorizado durante el período de dictadura. Pero, mientras que el “separatismo” de la burguesía catalana no es para ella, en su juego con el gobierno de Madrid, más que un instrumento contra el pueblo catalán y español, el separatismo de los obreros y campesinos es la envoltura de su indignación social. Hay que establecer una distinción rigurosa entre estos dos géneros de separatismo. Ahora bien, para separar de su burguesía a los obreros y campesinos oprimidos nacionalmente, la vanguardia proletaria debe tomar, en la cuestión de la libre autodeterminación nacional, la más audaz y sincera posición. Los obreros defenderán hasta el final el derecho de los catalanes y vascos a organizar su vida nacional independiente, en el caso de que la mayoría de estos pueblos se pronunciase por una separación completa. Ello no quiere decir, sin embargo, que los obreros avanzados empujarán a los catalanes y vascos hacia la independencia. Por el contrario, la unidad económica del país con *una amplia autonomía de las regiones nacionales*, presentaría para los obreros y campesinos grandes ventajas desde el punto de vista económico y cultural.

No está en absoluto excluido que la monarquía intente obstaculizar el desarrollo de la revolución con ayuda de una nueva dictadura militar. Pero lo que sí lo está, es el éxito sólido y duradero de tal tentativa. La lección de Primo de Rivera está aún demasiado fresca. Sería preciso aplicar las cadenas de la nueva dictadura sobre las llagas aún no cicatrizadas dejadas por la antigua. Si se da crédito a los despachos de prensa, el rey quiere intentar la experiencia; busca nerviosamente un candidato conveniente, pero no descubre voluntarios. Una cosa está clara: el fracaso de una nueva dictadura militar costaría caro a la monarquía y a su digno representante; por lo que se refiere a la revolución, encontraría en ello un nuevo y poderoso impulso. Los obreros pueden permitirse el decir a las clases dirigentes: “¡Jueguen su juego, señores!”.

¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima de la etapa del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. Ciertamente, se puede suponer que el movimiento revolucionario puede alcanzar en un plazo relativamente breve una potencia tal que no deje a las clases dominantes ni tiempo ni lugar para instaurar el parlamentarismo. Pero tal perspectiva es poco probable. El proletariado español, a pesar de su brillante combatividad, no posee todavía un partido revolucionario reconocido por él, ni la experiencia de la organización soviética. Además, las filas comunistas, poco numerosas, no están unidas. No hay un programa de acción claro y admitido por todos. Mientras tanto, la cuestión de las cortes está ya puesta al orden del día. En estas condiciones, hay que suponer que la revolución se verá obligada a pasar por un período de parlamentarismo.

Ello no excluye en ningún modo la táctica del boicot de las cortes ficticias de Berenguer, del mismo modo que los obreros rusos boicotearon con éxito la Duma de Burguinin en 1905 y lograron hacerla fracasar. La cuestión táctica relativa al boicot debe ser resuelta sobre la base de la correlación de fuerzas en una etapa dada de la revolución.

Pero, incluso si boicotean las cortes de Berenguer, los obreros avanzados deberían oponer a las mismas la consigna de *cortes constituyentes revolucionarias*. Debemos desenmascarar implacablemente el carácter charlatán de la consigna de *cortes constituyentes* en la boca de la burguesía de “izquierda” que, en realidad, no quiere sino unas cortes de *conciliación*, por la gracia del rey y de Berenguer, con vistas a un trato con las viejas camarillas dirigentes y privilegiadas. Una verdadera asamblea constituyente no puede ser convocada más que por un gobierno revolucionario, como resultado de un levantamiento victorioso de los obreros, soldados y campesinos. Podemos y debemos oponer las cortes revolucionarias a las cortes de conciliación; pero sería erróneo, a nuestro juicio, renunciar, *en el estadio actual*, a la consigna de cortes revolucionarias.

Sería “doctrinarismo” del más lamentable y estéril oponer la consigna de la dictadura del proletariado a las tareas y consignas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la iglesia y el estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, independencia nacional, asamblea constituyente revolucionaria)⁹. Antes de conquistar el poder, las masas populares deben agruparse alrededor de un partido revolucionario dirigente. La lucha por la representación a las cortes en una u otra etapa de la revolución puede facilitar considerablemente la solución de esta tarea.

La consigna de *armamento de los obreros y de los campesinos* (creación de la milicia obrera y campesina) debe tomar inevitablemente en la lucha una importancia cada vez mayor. Pero, en el estadio actual, esta consigna debe estar también estrechamente ligada a las cuestiones de defensa de las organizaciones obreras y campesinas, a la sublevación agraria, a la libertad de las elecciones y a la protección del pueblo contra los pronunciamientos reaccionarios.

El programa radical de *legislación social*, particularmente el seguro de paro, la transferencia de las cargas fiscales a las clases poseyentes, la enseñanza general gratuita, todas estas medidas y otras análogas que no sobrepasan aún el marco de la sociedad burguesa deben ser inscritas en la bandera del partido proletario.

Al mismo tiempo, deben adelantarse desde ahora las reivindicaciones de carácter transitorio: nacionalización de los ferrocarriles, que, en España, son todos de propiedad privada; nacionalización de los bancos; control obrero de la industria; en fin, reglamentación de la economía por el estado. Todas estas reivindicaciones están ligadas al paso del régimen burgués al régimen proletario; ellas preparan este paso para, después

⁹ Era precisamente tal política la que, bajo la dirección de la IC, el PC español se preparaba a llevar.

de la nacionalización de los bancos y la industria, fundirse en el sistema de la economía organizada que prepara la sociedad socialista.

Sólo los pedantes ven una contradicción en la asociación de consignas democráticas, transitorias y netamente socialistas. Tal programa combinado, que refleja la construcción contradictoria de la sociedad histórica, se deriva inevitablemente de la diversidad de tareas legadas como herencia por el pasado. Reducir todas las contradicciones y todas las tareas a un solo denominador: la *dictadura del proletariado*, es una operación indispensable, pero completamente insuficiente. Incluso si se da un paso adelante planteando la hipótesis de que la vanguardia proletaria se ha dado ya cuenta de que sólo la dictadura del proletariado puede salvar España de la descomposición, la tarea preliminar (la reunión alrededor de la vanguardia de las capas heterogéneas de la clase obrera y de las masas trabajadoras aún más heterogéneas del campo) queda aún planteada en toda su amplitud. Oponer crudamente la consigna de la dictadura del proletariado a las tareas históricas que impulsan hoy a las masas hacia la senda de la insurrección, significaría reemplazar la comprensión marxista de la revolución social por una comprensión bakuninista. Sería el mejor medio de perder la revolución.

Ni que decir tiene que las consignas democráticas no tienen en absoluto por objetivo un acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Por el contrario, preparan el terreno para la lucha victoriosa contra la burguesía de izquierdas, permitiendo desenmascarar a cada paso su carácter antidemocrático. Cuanto más audaz, decisiva e implacable, sea la lucha de la vanguardia proletaria por las consignas democráticas, más pronto conquistará a las masas y socavará los cimientos de los burgueses republicanos y de los socialistas reformistas, de un modo más seguro sus mejores elementos se alinearán a nuestro lado y más rápidamente se identificará en la conciencia de las masas la república democrática con la república obrera.

Para que una fórmula teórica correctamente concebida se convierta en un hecho histórico vivo, hay que hacerla penetrar en la conciencia de las masas por medio de su experiencia, de sus necesidades, de sus exigencias. Para ello, no hay que dispersar la atención de las masas, sino reducir el programa de la revolución a un número reducido de consignas claras y simples y cambiarlas según la dinámica de la lucha. En esto consiste la política revolucionaria.¹⁰

5.- *Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia*

Como de costumbre, la dirección de la Internacional Comunista ha comenzado por no tomar conciencia de los acontecimientos que se desarrollaban en España. Manuilsky, el “gran jefe” de los países latinos ha declarado, no hace mucho, que los acontecimientos en España no eran dignos de atención¹¹. ¡Y de qué manera! Esta misma

¹⁰ Trotsky esboza aquí una primera redacción de un “programa de transición” que la Internacional comunista, después de haber entrevisto su necesidad, en tiempo de Lenin, no había elaborado nunca. En esta perspectiva redactará en 1938 el *Programa de transición* de la IV Internacional [*El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)*].

¹¹ Durante el 10º pleno del ejecutivo de la IC, inmediatamente después de la caída de Primo de Rivera, Manuilsky, secretario entonces de este ejecutivo, había declarado: “Hay que darse claramente cuenta de que a pesar de las formas de guerra civil a las que da salida el impulso revolucionario de España, la clase obrera no juega por el momento más que un papel ínfimo en este movimiento. Por ello, los movimientos de este género desfilan sobre la pantalla histórica como un simple episodio que no deja huellas profundas en el espíritu de las masas trabajadoras y no enriquece su experiencia de la lucha de clases. Una huelga parcial puede tener para la clase obrera internacional una importancia más sugestiva que semejante revolución “tipo español”, que se efectúa sin que el PC y el proletariado ejerzan en ella su papel dirigente (*Correspondence internationale*, n.º 44, p. 523).

gente declaró, en 1928, que Francia estaba en vísperas de un levantamiento proletario¹². Después de haber amenizado tanto tiempo los funerales con su música nupcial, no podían sino acoger una boda con una marcha fúnebre. Para ellos, actuar de otra manera hubiera supuesto traicionarse a sí mismos. Cuando sin embargo se verificó que los acontecimientos de España, aunque no previstos en el calendario del “tercer período”, seguían su curso, los jefes de la Internacional Comunista simplemente se han callado: ciertamente, era más prudente. Pero los acontecimientos de diciembre han hecho este mutismo imposible. Y de nuevo, completamente de acuerdo con la tradición, el “jefe” de los países latinos ha efectuado un giro de 180 grados: nos referirnos al artículo del *Pravda* del 17 de diciembre.

La dictadura de Berenguer, así como la dictadura de Primo de Rivera, es calificada en este artículo de “régimen fascista”. Mussolini, Matteoti, Primo de Rivera, MacDonald, Chiang Kai-shek, Berenguer, Dan; no son sino diferentes especies de fascistas¹³. Puesto que el calificativo existe, ¿para qué reflexionar? No queda, para completar, sino añadir a toda esta serie el régimen “fascista” del negus en Abisinia. Sobre el proletariado español *Pravda* escribe no sólo que “asimila cada vez más el programa y las consignas del partido comunista español”, sino además que ya tiene “conciencia de su papel preponderante en la revolución”. Al mismo tiempo, los telegramas oficiales de París hablan de sóviets campesinos en España. Es notorio que, bajo la dirección estalinista, el sistema soviético es asimilado y aplicado ante todo por los campesinos. (China). Si el proletariado tiene ya “conciencia de su papel preponderante en la revolución” y si los campesinos han comenzado a organizar sóviets, todo ello bajo la dirección oficial del partido comunista, la victoria de la revolución española debe ser considerada como segura; al menos hasta que los “ejecutantes” de Madrid sean acusados por Stalin y Manuilsky de haber aplicado mal la línea general, que aparece ante nosotros, en las columnas de *Pravda*, como ignorancia y ligereza generales. Corrompidos hasta la médula por su propia política, estos “jefes” no son ya capaces de aprender nada en absoluto.

En realidad, a pesar de la inmensa extensión de la lucha, los factores subjetivos (partido, organizaciones de masas, consignas) se hallan muy retrasados con respecto a las tareas del movimiento (y este retraso representa hoy el peligro más grave).

La ola sin freno de huelgas que conducen al sacrificio y a la derrota, o que acaban sin resultados, es una de las etapas inevitables de la revolución: es el período del despertar de las masas, de su movilización y de su entrada en la lucha. No es la élite de los obreros la que participa en el movimiento, sino toda la masa obrera. Entran en huelga no sólo los obreros de las fábricas, sino también los artesanos, los chóferes, los panaderos, los obreros de la construcción, los obreros de los trabajos de irrigación, y, en fin, los obreros agrícolas. Los veteranos ejercitan sus músculos, los nuevos reclutas aprenden. Mediante estas huelgas, la clase comienza a considerarse como tal.

Sin embargo, lo que constituye en la etapa actual la fuerza del movimiento, su espontaneidad, puede convertirse mañana en su debilidad. Admitir que el movimiento pueda continuar abandonado a su propia suerte, sin programa claro, sin dirección, equivaldría a admitir una perspectiva sin esperanza. Se trata nada menos que de la conquista del poder. Ni siquiera las huelgas más impetuosas resuelven este problema.

¹² Trotsky hace aquí alusión a la preparación por el PCF de la jornada como la del 1 de agosto, cuyo objetivo había sido “la conquista de la calle...” y que había terminado lamentablemente.

¹³ Efecto polémico: Mussolini era el jefe de la Italia fascista y Matteoti et dirigente socialista que hizo asesinar. MacDonald el dirigente laborista británico, Chiang Kai-shek el dictador chino, líder del Kuomintang, verdugo de la revolución china de 1927, y Dan uno de los dirigentes mencheviques en la emigración. La “teoría” estalinista era en aquella época la de la “fascistización” de las otras corrientes. Todo régimen autoritario, todo régimen burgués era fascista, y también toda organización obrera diferente al PC.

Sobre todo si se dan dispersas. Si el proletariado no advirtiese, en algunos meses, en el proceso de la lucha, que sus tareas, sus métodos, se han clarificado y que sus filas se cohesionan y robustecen, entonces comenzaríamos inevitablemente la disgregación en su propio seno. Amplias capas despertadas por primera vez por el movimiento actual volverían a caer en la pasividad. A medida que el suelo comenzase a hundirse bajo sus pies, la vanguardia engendraría un estado de espíritu favorable a la acción de grupos aislados y al aventurerismo en general. Ni el campesinado ni las capas pobres de las ciudades encontrarían en este caso una dirección prestigiosa. Las esperanzas suscitadas se convertirían rápidamente en decepción y en exasperación. En una cierta medida, se reproduciría en España la misma situación que en Italia después del otoño de 1920. La dictadura de Primo de Rivera no era fascista, era la dictadura española típica de una pandilla militar apoyándose en una cierta parte de las clases poseedoras. En las condiciones que hemos indicado anteriormente (pasividad y expectativa del partido revolucionario, espontaneidad del movimiento de masas), España podría convertirse en el terreno de un fascismo auténtico. La gran burguesía se adueñaría de las masas pequeñoburguesas desamparadas, decepcionadas y desesperadas, para dirigir su exasperación contra el proletariado. Por supuesto, estamos aún lejos de esto. Pero no hay tiempo que perder.

Aun admitiendo por un instante que el movimiento revolucionario dirigido por el ala izquierda de la burguesía (los oficiales, los estudiantes, los republicanos) pudiera conducir a la victoria, la esterilidad de esta victoria equivaldría a fin de cuentas a una derrota. Los republicanos españoles, lo hemos dicho, están fundamentalmente ligados a las actuales relaciones de propiedad. No se puede esperar de ellos ni la expropiación de la gran propiedad terrateniente, ni la liquidación de la situación privilegiada de la Iglesia Católica, ni la depuración radical de los establos de Augias de la burocracia civil y militar. La camarilla monárquica sería reemplazada simplemente por una camarilla republicana y asistiríamos a una nueva edición de la efímera y estéril república de 1873-1874.¹⁴

El que los jefes socialistas se arrastren detrás de los republicanos es completamente normal. Ayer, la socialdemocracia apoyaba con su hombro derecho a la dictadura de Primo de Rivera¹⁵. Hoy, apoya con su hombro izquierdo a los republicanos.¹⁶ La tarea más elevada de los socialistas que no tienen ni pueden tener política propia, es participar en un gobierno burgués sólido¹⁷. A este precio, no rehusarían, a falta de algo mejor, a colaborar incluso con la monarquía.

Pero el ala derecha de los anarcosindicalistas no se halla garantizada contra la posibilidad de seguir este mismo camino: los acontecimientos de diciembre son en este sentido una buena lección y una grave advertencia¹⁸.

La Confederación Nacional del Trabajo reúne sin duda alguna a los elementos más combativos del proletariado: la selección se ha hecho aquí en el curso de bastantes años. Consolidar esta confederación y transformarla en una verdadera organización de

¹⁴ Los primeros años de la república española iban a demostrar que, sobre este punto también, Trotsky era buen profeta. La periodización exacta de la efímera I República española data desde febrero de 1873, hasta el 2 de enero de 1874 en que el capitán general de Madrid, Manuel Pavía, disolvió las cortes.

¹⁵ Francisco Largo Caballero, secretario de la UGT, la central sindical reformista ligada al partido socialista, había ejercido bajo la dictadura de Primo de Rivera las funciones oficiales de consejero de estado.

¹⁶ El verdadero organizador y animador del "comité revolucionario" formado después de la conferencia de agosto de 1930, en San Sebastián, de todas las fuerzas de oposición, comprendidas las burguesas, era en realidad el socialista Indalecio Prieto.

¹⁷ El gobierno provisional constituido el día siguiente de la caída de la monarquía iba a comprender tres ministros socialistas: Largo Caballero (trabajo), Prieto (finanzas) y De Los Ríos (justicia).

¹⁸ Representantes de la CNT habían asistido como observadores a la conferencia de San Sebastián; en el mes de diciembre siguiente, la CNT había apoyado la insurrección republicana desencadenada en Jaca, por dos oficiales de carrera, los capitanes Fermín Galán y García Hernández, intentando animar una huelga general.

masas es un deber para cada obrero avanzado y ante todo para los comunistas. Se puede igualmente participar en ello mediante el trabajo en el interior de los sindicatos reformistas, desenmascarando infatigablemente las traiciones de sus jefes llamando a los obreros a agruparse en el marco de una confederación sindical única. Las condiciones de la revolución contribuirán en gran medida a este trabajo.

Pero, al mismo tiempo, no podemos hacernos ilusiones en cuanto a la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y método revolucionarios. Por la ausencia de programa revolucionario y la incompreensión del papel del partido, el anarcosindicalismo desarma al proletariado. Los anarquistas “niegan” la política hasta el momento en que ésta les coge por el pescuezo: entonces dejan el sitio libre a la política de la clase enemiga. Es lo que pasó en diciembre.

Si el partido socialista conquistase durante la revolución una situación preponderante en el proletariado, no sería capaz más que de una cosa: transmitir el poder conquistado por la revolución a las manos agujereadas del ala republicana, que lo dejarían escapar luego automáticamente a manos de sus actuales detentadores. El gran parto terminaría en un aborto.

Por lo que se refiere a los anarcosindicalistas, sólo podrían hallarse a la cabeza a condición de renunciar a sus prejuicios anarquistas. Nuestro deber consiste en ayudarlos en este sentido. Hay que suponer, en efecto, que una parte de los jefes sindicalistas se pasará a los socialistas o será rechazada por la revolución; los verdaderos revolucionarios estarán con nosotros; las masas se unirán a los comunistas, lo mismo que la mayoría de los obreros socialistas.

La ventaja de la situación revolucionaria consiste precisamente en que las masas aprenden con gran rapidez. Su evolución provocará inevitablemente diferenciaciones y escisiones no sólo entre los socialistas, sino también en el medio sindicalista. Acuerdos prácticos con los sindicalistas revolucionarios serán inevitables en el curso de la revolución. Los llevaremos a cabo lealmente. Pero hay que evitar establecerlos sobre bases ambiguas, reticentes y erróneas. Incluso los días y horas en que los obreros comunistas deberán luchar codo con codo con los obreros sindicalistas, no hay que suprimir las barreras y callar las divergencias o atenuar nuestras críticas hacia la posición de principio errónea del aliado. Sólo con esta condición quedará garantizado un desarrollo favorable.

6.- La junta revolucionaria y el partido

La jornada del 15 de diciembre, en la que los obreros se levantaron simultáneamente no sólo en las grandes ciudades, sino también en las poblaciones alejadas, demuestra hasta qué punto el propio proletariado tiende hacia la unidad de acción. Aprovechó la señal de los republicanos porque no dispone de su propio clarín. La derrota de este movimiento no ha provocado, por lo visto, ni siquiera la sombra de un desfallecimiento. La masa asimila sus propias acciones como una experiencia, como una escuela, como una preparación. Este es un rasgo extremadamente característico del “auge revolucionario”.

Para encontrar el acceso al gran camino, el proletariado tiene necesidad desde ahora de una organización que se levante por encima de todas las divisiones políticas, nacionales, provinciales y profesionales que existen en sus filas, de una organización que corresponda al impulso de la lucha revolucionaria actual. Una organización tal, elegida democráticamente por los obreros de las fábricas, de los talleres, de las minas, de los establecimientos comerciales, del transporte ferroviario y marítimo, por los proletarios de la ciudad y el campo, no puede ser sino el sóviet. Los epígonos han causado un daño enorme al movimiento obrero del mundo entero metiendo en las mentes el prejuicio según

el cual los sóviets no pueden ser creados sino para las necesidades de una insurrección armada y únicamente la víspera de la insurrección. En realidad, los sóviets se crean allí donde el movimiento revolucionario de las masas obreras, incluso si aún está lejos del estadio de la insurrección armada, siente la necesidad de una organización amplia y prestigiosa, capaz de dirigir los combates económicos y políticos que abarcan simultáneamente a varias empresas y diversas profesiones. Sólo con esta condición, es decir si los sóviets consiguen durante el período preparatorio de la revolución enraizarse en la clase obrera, serán capaces de jugar el papel dirigente en el momento de la lucha inmediata por el poder. Es cierto que la palabra “sóviet” ha tomado, después de trece años de existencia del régimen soviético, un sentido muy diferente del que tenía en 1905 o al comienzo de 1917, cuando los sóviets se creaban, no como órganos del poder, sino sólo como organizaciones de combate de la clase obrera. La palabra “junta” estrechamente ligada a toda la historia revolucionaria española, expresa de un modo insuperable esta idea. La creación de juntas obreras está al orden del día en España¹⁹.

En la situación actual del proletariado, la creación de las juntas presupone la participación de los comunistas, los anarcosindicalistas, los socialdemócratas y de los dirigentes sin partido de las luchas huelguísticas. ¿En qué medida se puede contar con la participación de los anarcosindicalistas y socialdemócratas en los sóviets? Es difícil predecirlo desde el exterior. El impulso del movimiento obligará sin ninguna duda a numerosos sindicalistas y quizá también a una parte de los socialistas a ir más lejos de lo que quisieran, si los comunistas consiguen plantear el problema de las juntas obreras con el vigor necesario.

Bajo la presión de las masas, las cuestiones prácticas de la construcción de sóviets, del modo de representación, de fechas y modalidades de elección, etc., pueden y deben convertirse en objeto de un acuerdo, no sólo de todas las fracciones comunistas entre ellas, sino también con los sindicalistas y los socialistas que acepten colaborar en la creación de las juntas. Los comunistas, ni que decir tiene, se presentarán en todas las etapas de la lucha con la bandera desplegada.

A pesar de la nueva teoría estalinista sobre los sóviets campesinos, es poco probable que las juntas campesinas, en tanto que organizaciones elegidas, puedan surgir en número importante antes de la toma del poder por el proletariado. Durante el período preparatorio, el campo verá desarrollarse otra forma de organización, fundamentada no sobre la elegibilidad sino sobre la selección personal; uniones campesinas, comités de campesinos pobres, células comunistas, sindicatos de obreros agrícolas, etc. Sin embargo, la propaganda por la consigna de juntas campesinas sobre la base del programa revolucionario agrario puede ser ya puesta al orden del día.

Es muy importante plantear de una manera justa la cuestión de las “juntas de soldados”. En virtud del carácter mismo de una organización militar, los sóviets de soldados no pueden actuar más que en el último período de la crisis revolucionaria, cuando el poder del estado pierde el control del ejército. Durante el período preparatorio, no se trata más que de una organización de carácter restringido, grupos de soldados revolucionarios, células del partido, en muchos casos ligazones personales entre obreros y soldados.

El levantamiento republicano de diciembre de 1930 se inscribirá indudablemente en la historia marcando el límite entre dos épocas de la lucha revolucionaria. Es cierto que el ala izquierda de los republicanos estableció contacto con los jefes de las organizaciones obreras para obtener la unidad de acción. Los obreros desarmados debían

¹⁹ La preocupación de Trotsky, no reteniendo el vocablo “sóviet” es doble: encontrar una transposición española de una palabra demasiado rusa, y también evitar un término empleado desde hacía varios años por PC “ultraizquierdistas” en un sentido insurreccional.

jugar el papel de coro al lado de los corifeos republicanos. Este objetivo fue realizado en una medida suficiente para demostrar, de una vez por todas, la incompatibilidad de un complot de oficiales con la huelga revolucionaria. Contra el complot militar que oponía un arma a la otra, el gobierno encontró suficientes fuerzas en el interior del propio ejército. Por lo que se refiere a la huelga, sin objetivo independiente y sin dirección propia, estaba condenada al fracaso tan pronto como la insurrección militar fuera reprimida.

El papel revolucionario del ejército (no en tanto que instrumento experimental, los oficiales, sino como parte armada del pueblo) estará determinado en última instancia por el papel de los obreros y campesinos en el curso de la lucha. Para que la huelga revolucionaria pueda ser un éxito, debe conducir a un choque entre los obreros y el ejército. Por importantes que sean los elementos militares de tal choque, la política es preponderante. Vencer a la masa de soldados no es posible sino planteando claramente las tareas sociales del levantamiento. Pero son precisamente las tareas sociales las que aterran a los oficiales. Es natural que los revolucionarios proletarios concentren su atención desde ahora sobre los soldados, creando en los regimientos células de revolucionarios conscientes y valerosos. El trabajo comunista en el ejército, subordinado políticamente al trabajo entre los obreros y campesinos, sólo puede desarrollarse sobre la base de un programa claro. Cuando llegue el momento decisivo, los obreros deberán arrastrar, por su número y la fuerza de su ofensiva, a una gran parte del ejército al lado del pueblo, o al menos neutralizarla. Este aspecto revolucionario del conjunto de la cuestión no excluye el “complot” militar de los soldados avanzados y de los oficiales favorables a la revolución proletaria en el período que procede inmediatamente a la huelga general y la insurrección. Pero este género de complot no tiene nada en común con el pronunciamiento; su tarea presenta un carácter auxiliar y consiste en asegurar la victoria de la insurrección proletaria.

La solución victoriosa de todas estas tareas exige tres condiciones: el partido, de nuevo el partido y siempre el partido.

Es difícil juzgar desde fuera como se establecerán las relaciones entre las diferentes organizaciones y grupos comunistas actuales, y cuál será su suerte en el futuro. La experiencia lo mostrará. Los grandes acontecimientos someten infaliblemente a prueba las ideas, las organizaciones y los hombres. Si la dirección de la Internacional Comunista se revela incapaz de proponer a los obreros españoles otra cosa que una política falsa, un mando burocrático y la escisión, entonces el verdadero partido comunista de España se formará y se templará fuera del marco de la Internacional Comunista²⁰. De cualquier forma, el partido debe ser creado. Debe ser unido y centralizado.

La clase obrera no debe en ningún caso construir su organización política sobre una base federalista. El partido comunista no es la imagen del futuro régimen del estado español, es una palanca de acero para el derrocamiento del régimen existente. No puede ser centralizado de otra manera que sobre los principios del centralismo democrático.

La junta proletaria se convertirá en una vasta arena en la que cada partido o cada grupo será sometido a prueba y a examen ante los ojos de amplias masas. La consigna de frente único de los obreros será opuesta por los comunistas a la práctica de la coalición con la burguesía de los socialistas y de una parte de los sindicalistas. Solo el frente único revolucionario procurará al proletariado la confianza indispensable de las masas

²⁰ En el momento en que Trotsky escribía estas líneas, algunos de sus camaradas españoles (como lo muestran las cartas que le dirigía Andrés Nin) comenzaban efectivamente a pensar que el partido comunista no podría construirse en España más que independientemente del marco de la Internacional Comunista estalinizada, eventualidad que, por su parte, rechaza en esta época y no consiente considerar más que después de 1933 y la derrota sin combate del proletariado alemán.

oprimidas del campo y la ciudad. La realización del frente único no es posible más que bajo la bandera del comunismo. La junta tiene necesidad de un partido dirigente. Sin dirección firme, se convertiría en una forma de organización vacía y caería inevitablemente bajo la dependencia de la burguesía.

Los comunistas españoles, por consiguiente, están cargados de tareas históricas grandiosas. Los obreros avanzados seguirán con una atención apasionada las peripecias del gran drama revolucionario que, tarde o temprano, exigirá de ellos no sólo su simpatía sino también su ayuda. ¡Estamos preparados!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es